

EL ÚLTIMO TREN A LA ZONA VERDE

Paul Theroux

Fragmento del 1er capítulo

1. Con la gente irreal

En la ardiente sabana del nordeste de Namibia me encontré con un nido de termitas en un montículo de arena suave, pulverizada por las hormigas, y, con solo esa mínima elevación bajo las suelas de mis zapatos, el paisaje se abrió en un abanico majestuoso, como las páginas agitadas de un libro aún por leer.

Reanudé el paso detrás de una fila de hombres y mujeres menudos, casi desnudos, que caminaban deprisa bajo un cielo cubierto de fuego dorado a través de la seca corteza de lo que en otros tiempos se conocía en afrikáans con el burdo nombre de Boesmanland (la tierra de los bosquimanos) —mujeres risueñas con bolsas de canguro en el pecho, un niño pequeño con la cabeza como un fruto peludo que sobresalía de una de las bolsas, hombres con vestimentas de cuero que llevaban lanzas y arcos, nueve en total contándome a mí—, y pensé, como pensaba desde hacía años durante mis viajes por la tierra entre seres humanos: los mejores llevan el culo al aire.

Feliz una vez más, de vuelta en África, el reino de la luz, estaba trazando un nuevo camino a pie por este antiguo paisaje, gozando de «un pasado palpable, imaginable y visitable, con las distancias más cortas y los misterios más claros». Iba esquivando espinos en compañía de unas personas esbeltas de piel dorada que eran el pueblo más antiguo del mundo, con un linaje que se remonta al oscuro abismo del tiempo en el Pleistoceno Superior, hace unos treinta y cinco mil años: nuestros ancestros indudables, los auténticos aristócratas del planeta.

Nos detuvo el bufido de un animal oculto y sobresaltado. Luego, el roce de sus ancas en la maleza. Luego, el ruido de sus cascos en las piedras.

—Un kudú —susurró uno de los hombres mientras se inclinaba para oírlo alejarse sin volver la mirada, como si pronunciara el nombre de alguien conocido. Volvió a hablar y, aunque no le entendí, escuché como si fuera una música nueva; tenía un lenguaje absurdo y eufónico.

Esa mañana, en Tsumkwe, el pueblo más próximo —más que un pueblo, un cruce de caminos abrasado por el sol, lleno de cabañas y unos cuantos árboles de sombra—, había oído en mi radio de onda corta: Convulsión en los mercados financieros mundiales, que se enfrentan a la peor crisis desde la Segunda Guerra Mundial. Los países de la eurozona se acercan al precipicio y se espera que Grecia caiga en la bancarrota, después de que el gobierno haya rechazado un préstamo de 45.000 millones de dólares para reducir su deuda.

La gente a la que seguía iba riéndose. Eran personas de habla joisán, miembros de un subgrupo del pueblo !kung que se llamaban a sí mismos ju/'hoansi, un nombre con sonido de cacareo y difícil de pronunciar que significa «la gente real» o «la gente inofensiva». De tradición cazadora y recolectora, no estaban acostumbrados a utilizar el dinero. Todavía hoy, arrinconados en los márgenes de la llamada tierra de los bosquimanos (el nombre que daban a esta parte en concreto era Nyae Nyae), y establecidos en asentamientos irregulares, no solían ver dinero y menos aún usar un material que se deterioraba de tal manera. Complementaban su dieta mediante la caza, rebuscando comida y aceptando patéticas limosnas. Seguramente no pensaban en el dinero o, si lo hacían, sabían que nunca iban a tener. Mientras los griegos se rebelaban y gritaban contra su gobierno, los italianos clamaban contra la pobreza en las calles de Roma y los portugueses y españoles contemplaban, atónitos, la perspectiva de la bancarrota, y en medio de noticias de quiebras, monedas sin valor y medidas de austeridad, los ju/'hoansi permanecían indestructibles en sus tradiciones, o eso me pareció en mi ignorancia.

La joven que iba delante de mí cayó de rodillas en la arena. Tenía el rostro precioso y delicado, vagamente asiático —aunque también con algo de extraterrestre—, que poseen casi todos los san. Es decir, pedomórfico, la cara inocente y cautivadora de un niño. Deslizó los dedos alrededor de una mata finísima que sobresalía del suelo, se agachó, se apoyó en un codo y empezó a escarbar. Con cada puñado de tierra le brillaban los ojos, se le agitaban los senos y los pezones temblaban contra la tierra, una de las pequeñas emociones de esta excursión. Al cabo de un minuto extrajo del agujero oscuro y extrañamente húmedo que había hecho un tubérculo en forma de dedo, y lo resguardó en la mano. Quitó el polvo de la raíz, y esta se volvió más pálida. Sonriente, me ofreció el primer mordisco.

—Nano —dijo, una palabra que se traduce como «patata».

Tenía el crujido, la textura y el sabor dulzón y a tierra de la zanahoria cruda. Se la devolví y la compartimos a partes iguales, un mordisco cada uno, nueve en total. En los bosques, desiertos y colinas de todo el mundo, los pueblos que viven de buscar comida, como los ju/'hoansi, son escrupulosos a la hora de compartir los alimentos; ese reparto es lo que los mantiene unidos en su vida comunitaria.

Por delante de nosotros, arrodillados sobre cáscaras de frutos secos y la hojarasca de una zarza, dos de los hombres, uno frente a otro, estaban turnándose para hacer girar un palo de sesenta centímetros entre las palmas de sus manos, creando un roce de la vara que enseguida empezó a soltar humo por la fricción de su extremo inferior contra un pedazo ennegrecido de madera blanda. Los ju/'hoansi llaman macho al palo y hembra al bloque de madera hendido que está debajo. De ese bloque, perforado y caliente, empezaron a salir chispas, y uno de los hombres provocó más chispas todavía al levantar la madera reluciente y humeante y soplar encima con los labios colocados como para dar un beso. Esparció cáscaras y hojas muertas por encima, y después un puñado de ramitas. Teníamos un fuego.

Las huelgas en Grecia han interrumpido el suministro de electricidad en muchas ciudades, y se prevé que el gobierno se declare incapaz de pagar la deuda, lo cual sumirá a Europa en una incertidumbre creciente y arrojará dudas sobre el futuro del euro. Las repercusiones podrían poner en peligro la viabilidad de los bancos estadounidenses. Masas de manifestantes que arrojan piedras y protestan contra

unas medidas de austeridad cada vez más estrictas han empezado a saquear las tiendas en Atenas...

Parecían noticias de otro planeta, un planeta oscuro y caótico, no este lugar deslumbrante de gente menuda y amable que sonreía a la sombra de los matorrales, mientras las mujeres desenterraban más raíces con sus palos y una de ellas se reclinaba en un trozo de semisombra para amamantar a su bebé satisfecho.

Se habían ahorrado las confusas y extrañamente órficas metáforas de la crisis del mercado —La crisis de las hipotecas basura no era más que la punta del iceberg de una crisis económica, y Los préstamos no han podido detener la caída de los precios de las acciones, y Las pérdidas de los gobiernos regionales en España aumentaron un 22 por ciento, hasta alcanzar casi los 18.000 millones de dólares, y La economía de la ciudad de Nueva York afronta el peligro de sufrir graves consecuencias de la crisis de la deuda en Europa, porque sus bancos poseen más de un billón de dólares en activos— y la irónica aceptación de que el dinero no era más que papel de colores arrugado, no muy distinto al envoltorio de un caramelo, y el mercado, poco más que un casino. Por décimo día consecutivo... El pánico, la indignación, la impotencia de la gente atrapada en ciudades anquilosadas, como monos en una jaula. Si Grecia declara el impago de su deuda, caerá en una espiral de muerte.

Con el chisporroteo del fuego de fondo, se repartieron más raíces.

—Mire, señor Bawl...

Un hombre acurrucado, con una cuerda hecha de lianas separadas y retorcidas, había fabricado un cepo, lo había fijado a una rama doblada y, marcando con cuidado el paso con los dedos sobre la arena, me mostró cómo la trampa iba a capturar las torpes patas de algún ave incauta, una pintada quizá —había muchas—, que desplumarían y asarían en la hoguera. Me indicaron cuáles eran las plantas venenosas y hablaron de los escarabajos que aplastaban y aplicaban a las puntas de sus flechas para convertirlas en armas letales, las hojas que empleaban para aliviarse el estómago, las ramas para purificar una herida y para calmar un sarpullido.

Los miembros de esta gente real, los ju/'hoansi, habían sufrido persecución, acoso, masacres y expulsiones desde que los primeros blancos desembarcaron en África, en 1652. Los blancos eran Jan van Riebeeck, su mujer y su hijo, junto con un pequeño grupo de holandeses que denominaron aquella tierra Groote Schuur, Gran Esperanza, y se establecieron allí dispuestos a plantar huertos y ser un «área de aprovisionamiento» para abastecer a las naves holandesas que se dirigían al este de Asia.

Quisquillosos a propósito de la cuestión racial, con el talento de los holandeses para hacer distinciones sutiles, crearon una taxonomía para describir a los indígenas: a los khoikhoi, criadores de cabras, los llamaron «hotentotes» (que imitaba el sonido alveolar que hacían al hablar); a los bantúes, «kaffires» (una palabra que quiere decir «infieles» y que los holandeses habían tomado de los antiguos portugueses, que a su vez se la habían oído utilizar a los comerciantes árabes), y a los !kung san, «bosquimanos», por las tierras de matorrales en las que les gustaba vivir. Fueron los pastores khoikhoi quienes dieron nombre a los san, una palabra con la que mostraban su desprecio por los «sin ganado», es decir, atrasados. Todos ellos se

vieron marginados cuando los holandeses se apoderaron de las tierras, y, aunque todos los grupos lucharon, los denominados !kung san se retiraron enseguida, pero no lo bastante pronto. Los bóers siguieron cazándolos como diversión hasta finales del siglo XIX. Con todo, me dio la impresión de que estos supuestos ignorantes — buscadores y cazadores autosuficientes, que odiaban la ciudad y aparentemente vivían al margen de la economía mundial— reírían los últimos.

Ni siquiera más tarde, cuando los ju/'hoansi a los que estaba visitando se quitaron las cuentas, dejaron los arcos y las flechas y las varas para escarbar y cambiaron las bonitas pieles que habían llevado por prendas gastadas de estilo occidental — pantalones desgarrados, camisetas viejas, chanclas de goma, faldas y blusas, ropas de desecho que llegaban en paquetes de Europa y Estados Unidos—, ni siquiera entonces se deshizo la imagen. Los ju/'hoansi seguían pareciéndome antiguos, indestructibles y sabios, completamente acostumbrados a su vida entre matorrales y con una relación con el mundo exterior que consistía en sonreír ante su estupidez y su incompetencia.

Eso es lo que yo veía. ¿O era un engaño? Quizás lo que me estaban mostrando era una convincente reconstrucción de viejas escenas, como mohicanos en una representación actual, vestidos con pieles de ciervo adornadas de abalorios mientras bajan en canoas de corteza de abedul por el río Hudson. Cualquiera que pensara que el comportamiento de los ju/'hoansi era típico, habían escrito algunos antropólogos, estaba perpetuando un mito fabricado con cariño, una auténtica farsa, un mero cambio de ropa, e idealizando una vida perdida en el pasado para siempre.

Desde luego, los ju/'hoansi se habían dispersado y reasentado, habían padecido la lacra del alcohol y, en muchos casos, se habían degradado por la vida en la ciudad. Pero también habían conservado parte de su cultura: su lengua estaba intacta, seguían teniendo sus leyendas y su cosmología, y habían mantenido y transmitido sus estrategias para sobrevivir en la sabana. Muchos vivían aún de rastrear y cazar animales, aunque ya no con flechas envenenadas; algunos seguían incluyendo raíces en su dieta, y podían hacer fuego frotando ramas. Su sistema de parentesco — familia, relaciones, dependencias— no se había roto.

Vestidos con trapos en vez de pieles, no por eso parecían menos reales. Pero quizá veía lo que necesitaba ver. Con sus aptitudes tradicionales intactas, tenían la cabeza (suponía) llena de las viejas costumbres. Tenían incluso una forma peculiar de caminar. A diferencia del urbanita, esa persona encorvada que arrastra los pies mientras sonríe a media distancia, los ju/'hoansi estaban alerta. Nunca iban de paseo ni se deslizaban; andaban deprisa pero en silencio, con el cuerpo erguido, el oído atento mientras volaban, los pies ligeros, el paso grácil, bailando más que andando a través de la sabana. Tenían el temperamento apropiado para hacer frente a la rígida austeridad del clima semidesértico y sentían comprensión y compasión hacia los animales que cazaban. Pero nunca habían sido rivales a la altura de quienes los perseguían, como los !kung san y los hereros, además de los blancos. Algunos !kung san que habían tenido la desgracia de vivir cerca de ciudades habían acabado envenenados y neutralizados con oshikundu, la cerveza casera que hacían los namibios a base de sorgo fermentado y que vendían en las aldeas y los shebeens (shebeen, una palabra irlandesa que significa «cerveza mala», llegó al sur de África con los emigrantes de Irlanda, y se utiliza para referirse a los bares más desastrosos).

Con su aparente amabilidad, la complejidad de sus creencias y su antiguo linaje, los !kung san se habían convertido en favoritos de instituciones y organizaciones de ayuda extranjeras. Y también de los antropólogos: los !kung san eran uno de los pueblos más intensamente estudiados de África. Sin embargo, quienes se relacionaban con ellos tenían muchas más cosas que aprender de ellos que enseñarles. Eran, sobre todo, un pueblo pacífico, igualitario, que había prosperado gracias a su tradición de compartir y vivir en comunidad. A lo largo de la historia se habían adentrado cada vez más en la sabana, en vez de arriesgarse a ser exterminados en una guerra inútil. Eran un pueblo extraordinariamente paciente y, por tanto, satisfecho. Vivían allí desde antes que nadie —cazando, haciendo fuego, escarbando raíces—, y yo estaba convencido de que allí seguirían después de que el resto del mundo se destruyera a sí mismo.

Siempre habían vivido al margen. ¿Acaso podían mostrarles una vida mejor los forasteros de las organizaciones benéficas, dedicadas a recaudar dinero y distribuir ropa usada, y los generosos bienintencionados que les proporcionaban ayuda material? Las circunstancias —políticas, sobre todo— habían hecho que los ju/'hoansi se vieran forzados a vivir en un solo sitio y, aunque eran de tradición nómada, habían tenido que aprender a cultivar y criar animales. Ahora bien, si históricamente eran cazadores y recolectores, y vivían vinculados a la tierra a la que consideraban la auténtica madre, ¿no iban a salir adelante así?

Muchos africanos pertenecen a pueblos de civilizaciones atávicas, restos dispersos de antiguos reinos que fueron destruidos o trastocados por los esclavistas de Arabia y Europa: los reinos de Dahomey y el Congo, el vasto imperio del sur de África que en el siglo XV se conocía con el nombre de Monomatapa. Como los campesinos de la vieja Europa, muchos africanos han perdido o abandonado sus aptitudes tradicionales para hacer techos de paja, forjar el hierro, tallar la madera, recolectar alimentos, cultivar la tierra y, el mayor talento de todos, el mutuo respeto y el sentido de la justicia que permiten que la gente tenga una relación agradable. De aquí a unas décadas, la mayoría de los africanos vivirán en las ciudades. Hoy, doscientos millones de personas en el África subsahariana viven en barrios de chabolas, más que en ninguna otra parte del mundo, según el informe Estado de las Ciudades Africanas 2010, de ONU-Hábitat. Y barrio de chabolas es un término engañoso para esos lugares sin esperanza y —como pronto iba a ver— de un desorden alucinante.

En el pueblo más próximo a la diminuta aldea ju/'hoansi, en la encrucijada de Tsumkwe, a unos cuarenta y cinco kilómetros de distancia, había unos cuantos servicios: una tienda que vendía conservas, pan y caramelos, una gasolinera y una especie de mercado callejero, en total una fila de siete puestos improvisados en los que vendían ropa, carne, cerveza casera y, en el último, extensiones de cabello. Los vendedores bostezaban bajo el calor; no había mucho movimiento.

Llevaba años queriendo visitar al pueblo !kung san y recorrer el país. Y tenía además otro motivo. Para un libro mío anterior, El safari de la estrella negra, había recorrido el lado derecho de África desde El Cairo hasta Ciudad del Cabo. Esta vez, por la simetría del empeño, quería reanudar mi viaje en Ciudad del Cabo y, después de ver cómo había cambiado la ciudad en diez años, viajar hacia el norte en una nueva dirección, por el lado izquierdo, hasta que llegase al final del camino, o en la realidad o en mi cabeza.

Pero tenía más razones, igual de apremiantes. La principal era el deseo de huir físicamente de las personas que me hacían perder el tiempo con frivolidades. «Creo que la mente puede acabar profanada de forma permanente por la costumbre de ocuparse de cosas triviales —escribió Thoreau en su ensayo Una vida sin principios—, hasta el punto de que todos nuestros pensamientos se vean teñidos de trivialidad».

Al irme de viaje quería hacer que se sintieran frustrados los que me acosaban y me molestaban, estar inaccesible y no a disposición permanente de los que me mandaban correos electrónicos, y los me llamaban, y los que decían: «¡Eh, que se acaba el plazo!»; los plazos de otras personas, no míos. Viajar desconectado, fuera del alcance y la mirada de todos, es pura felicidad. Me había ganado esta libertad: con una novela recién acabada, harto de estar sentado en mi mesa durante año y medio, estaba deseando salir de casa, y no solo salir, sino irme muy lejos. «Mi propósito al hacer este maravilloso viaje es no engañarme a mí mismo sino descubrirme en los objetos que veo —escribió Goethe en su Viaje a Italia—. Nada, por mucho que se busque, es comparable a la nueva vida que experimenta una persona reflexiva cuando observa un país nuevo. Aunque siempre sigo siendo yo mismo, creo que he cambiado en lo más profundo de mi ser».

África me empujaba a seguir adelante porque permanece muy vacía, aparentemente inacabada y llena de posibilidades, que es la razón por la que atrae a entrometidos, analistas, mirones y filántropos aficionados. Sigue siendo en gran parte salvaje, e incluso en su hambre es un continente esperanzado, quizá como consecuencia de su desesperación. «Dadme una tierra salvaje cuya visión no pueda soportar ninguna civilización —escribió Thoreau en Caminar—, como si viviéramos de devorar crudo el tuétano de los kudús». Además, viajar por África era mi manera de oponerme a la velocidad cada vez mayor de la tecnología, de resistirme y retroceder, aprender a tener paciencia y estudiar el mundo así.

África había cambiado, y, después de diez años, yo también. El mundo también había envejecido, y los viajes habían seguido transformándose y acelerándose. Se dice que el mundo conocido nunca ha sido tan conocido ni ha estado tan al alcance de la mano. En 2011, el año en el que llevé a cabo mi viaje, Namibia tuvo un millón de turistas extranjeros, y Sudáfrica, casi el doble. Pero esos visitantes se ceñían a rutas seguras y trilladas. En Sudáfrica había muchos lugares que no solían ver la presencia de turistas, mientras que en Namibia los viajeros permanecían en las reservas y la costa, y pocas veces se atrevían a ir más al norte, a la inhóspita frontera con Angola. En cuanto a los más avezados, los mochileros y trotamundos, todavía no había conocido a ninguno que hubiera cruzado esa frontera y hubiera entrado en Angola.

Aunque el mundo está muy recorrido y en los itinerarios turísticos aparecen lugares lejanos (Bután, las Maldivas, el delta del Okavango, la Patagonia), hay sitios a los que nunca va nadie de fuera. Los ricos viajan a remotos aeródromos africanos en aviones alquilados, con sus propios guías y cocineros. Los demás van en paquetes turísticos o por su cuenta con una mochila. Sin embargo, hay sitios que permanecen ocultos, inaccesibles o demasiado peligrosos. Muchos caminos rurales no llevan a ninguna parte. Y algunos países están cerrados a las visitas. Somalia, en situación de anarquía, no está en el itinerario de nadie más que el de los traficantes de armas. Zimbabue, que es una tiranía, es poco acogedor. Y otros —Congo es un buen ejemplo— no tienen carreteras propiamente dichas. Y, aunque Congo tuviera

carreteras, gran parte del país es una zona prohibida llena de milicias, caudillos locales y señores de la guerra, igual que cuando Henry Morton Stanley lo atravesó a pie y a lo largo del río.

Mientras preparaba el viaje, no dejaba de leer que los islamistas militantes estaban matando a infieles o creando el caos en Níger y Chad, y que en Nigeria los miembros del llamado Boko Haram —unos musulmanes que no soportaban ver a nigerianos occidentalizados— mataban a cualquier hombre que llevara camisa y pantalón y cualquier mujer con un vestido. Estos grupos buscaban blancos fáciles: mochileros, trotamundos, personas normales.

Como consecuencia, empecé el viaje con aprensión. Un hombre que lleva cincuenta años viajando es fácil de atacar: solo, mayor, llama la atención en un país como Namibia, en el que la esperanza de vida es cuarenta y tres años. Me consolaba pensando que la imagen atípica de un anciano viajando solo por África haría que cualquiera que me viera pensara que era un viejo cascarrabias. Vestido, como iba, con ropa gastada, con un reloj de veinte dólares y gafas de sol baratas, y un teléfono móvil de plástico, también de veinte dólares, ¿iba a merecer la pena robarme?

Tenía también la sospecha de que este viaje iba a ser una especie de adiós. Para muchos viejos escritores, y algunos no tan viejos, un tiempo en África equivalía a un viaje de despedida. El último gran recorrido que emprendió Joseph Conrad, sus veintiocho días pilotando un barco arriba y abajo en el río Congo, fue la base para su intensa novela corta *El corazón de las tinieblas*, que escribió ocho años después de volver de África y que calificó como una «experiencia un poco (y solo un poco) estirada más allá de los verdaderos hechos». Tras una vida entera de viajes, Evelyn Waugh pasó el invierno de 1959 en África Oriental y Central y relató su estancia en *Un turista en África*. Murió seis años después. Laurens van der Post y Wilfred Thesiger dedicaron sus años tardíos a viajar por África —Van der Post en el desierto del Kalahari y Thesiger en el interior de Kenia—, y escribieron sobre la experiencia. Hemingway llevó a cabo su safari definitivo, su último viaje serio, en África Oriental entre 1953 y 1954, y, aunque se suicidó de un disparo siete años más tarde, su hijo Patrick editó y publicó póstumamente su versión novelada de la aventura, *Al romper el alba*, en 1999. Después de que V. S. Naipaul publicara *La máscara de África*, una larga investigación sobre «la naturaleza de las creencias africanas» en seis países, el autor dejó claro que iba a ser su último libro de viajes.

África puede ser feroz, y ciertas partes, la verdad, temibles, pero, como demostró la experiencia de Naipaul, también puede ser amable con un viajero anciano y enfermo. Podríamos pensar que la gente le va a decir: «Vete a casa, viejo». Pero no; en general, África no rechaza a nadie.

En conclusión, este continente, el más verde de todos, parecía el paisaje perfecto para hacer un viaje de despedida, una forma de ofrecer mis respetos al mundo natural y al Edén violado de nuestros orígenes. «Todas las hambres de la vida están expresadas con claridad allí», escribió el escritor y viajero inglés V. S. Pritchett a propósito de España hace cincuenta años. Pero sus palabras podrían servir también para África. «Vemos las hambres primitivas que nos empujan y sin embargo, en una curiosa proeza de estoicismo, fatalismo y apatía, las pasiones de la naturaleza humana están escépticamente contenidas.» En África observamos la historia humana vuelta del revés, y es posible ver en qué nos hemos equivocado.

«África le devuelve a uno el sentimiento necesario de que el mundo es vasto, prodigioso y noble —escribió sobre esta misma región otro viajero, Jon Manchip White, en *The Land God Made in Anger*—. A pesar de lo que dicen los expertos, nuestro planeta no está saturado ni es despreciable».

Todos los viajes en solitario ofrecen al viajero una especie de licencia especial que le permite ser cualquier persona. Hay muchos países en peligro o lugares cuyo futuro está amenazado. Pienso en la radiactiva Ucrania, o la anárquica Chechenia, o las abrumadas Filipinas, o la tiranizada Bielorrusia. Todos esos países necesitan ayuda, pero, cuando el famoso o el expresidente o el personaje público de turno quiere hacer una aparición humanitaria, casi siempre se dirige a África, por la atracción de lo exótico; ¿o es por la espectacularidad de los vivos contrastes en blanco y negro, o porque resulta hipnótico e ininteligible? En África, el viajero tiene licencia ilimitada, y el propio continente magnifica la experiencia como no puede hacerlo ningún otro lugar.

Cuando iba siguiendo a los fogosos y veloces ju/'hoansi, bajo el sol, por la sabana de Nyae Nyae, sabía que estaba donde quería estar. Viajar así era una forma de recuperar mi juventud, porque a los veintidós años, dando clases en una pequeña escuela del África rural, había pasado varios de los años más felices de mi vida, años de libertad, amistad y grandes esperanzas.

Si sentía cierta aprensión sobre este viaje era porque ir hacia lo desconocido puede ser también como morir. Tras el dolor de los adioses y la partida, parece que disminuyes, te haces cada vez más pequeño, te desvaneces en la distancia. Con el tiempo, nadie te echa de menos, más que de esa forma superficial y vagamente irónica de comentarios como «¿Qué fue del viejo Fulanito, que amenazaba con largarse a África?». Te has ido, nadie puede recurrir a ti y, cuando no eres más que un vago recuerdo, ese recuerdo se tiñe de cierto resentimiento, igual que se está resentido con los muertos por estar muertos. ¿De qué sirves, inalcanzable y tan lejos?

Y eso hace que seas dos fantasmas, porque, en el país lejano, también eres una especie de espectro, con el rostro pegado a la ventana de otra civilización, observando otras vidas. Y muchas de las cosas que ves, como la armoniosa vida en la sabana, tienen otra cara.

Tardé un tiempo en comprender que la ventana de África, como la ventanilla de un tren que atraviesa la noche a toda velocidad, es un espejo que distorsiona, que refleja en parte el rostro del propio observador. Con los ju/'hoansi, en efecto, estaba presenciando una reconstrucción, y acabé dándome cuenta de que aquellas personas que se llamaban a sí mismas la gente real eran, por desgracia, irreales. El mundo heroico y pagano de los ju/'hoansi de piel dorada era un espejismo. Había creído poder encontrar algo que escasea en el mundo, un país de alegría sin contaminar, pero lo que descubrí fue un pueblo desesperado, espíritus tristes, estáticos y sin esperanza, no indestructibles, como había pensado, sino muy necesitados de rescate.